





# Todo lo que desaparece

BERNARDO CLAROS



Primera edición  
Octubre 2018

© Bernardo Claros  
© Atlantis Ediciones Narrative Books  
Calle Virgen de las Nieves, 62  
28300 Aranjuez (Madrid)  
918.65.77.36  
[atlantis@edicionesatlantis.com](mailto:atlantis@edicionesatlantis.com)  
[www.edicionesatlantis.com](http://www.edicionesatlantis.com)

ISBN: 978-84-949377-2-9  
Depósito Legal: M-32173-2018

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»*



Todo lo que desaparece



*De todas maneras, nada se borra pura y simplemente, y de todo lo que desaparece quedan rastros. El problema es qué queda cuando todo ha desaparecido.*

Jean Baudrillard

*¿Por qué todo no ha desaparecido aún?*

*Los verdaderos paraísos son aquellos que perdimos.*

Marcel Proust

*En busca del tiempo perdido*





## VIERNES TARDE: LA NOTICIA

### Julia

Cuando al fin regresen, yo ya no estaré aquí. Vendrán contrariados por tener que interrumpir sus inaplazables ocupaciones personales, mientras meditan cómo volver a casa cuanto antes. Habrán intentado buscar cualquier coartada para no tener que hacerlo, pero no hallarán ningún pretexto convincente que les exima de culpa, por lo que acudirán resignados a su último encuentro como a un tedioso deber inexcusable del que uno desearía desprenderse como fuera. Me habría gustado estar presente para ver sus caras, pero ya no es posible. No vendrían si yo no me marchase. He estado esperándoles mucho tiempo, creyendo ingenuamente que volverían algún día, soñando con asistir a esa última cita, imaginando qué les diría, qué ropa me pondría para la ocasión, cómo me peinaría, qué imagen querría que tuvieran de mí, en definitiva, pero eso no ha ocurrido, por lo que ahora sé que sería imposible que sucediera de otro modo. He vivido demasiados años instalada en la espera sin vislumbrar

una salida. No he sabido gestionar mi dolor, hasta que este ha acabado apoderándose de todo. Me conformo con imaginarles hablando de mí, maldiciendo lo desagradable de la situación, recriminándome mi total falta de oportunidad, como solían hacer entonces, aunque esta vez yo ya no pueda escucharles, pero me consuela saber que pronto volverán a estar todos juntos gracias a mí, quizás por última vez. De todas formas, para hablar de lo que tienen que hacerlo, es necesario que yo no esté. Sin mí todo será más sencillo, aunque más duro al mismo tiempo. Saldrán a la luz verdades soterradas y los reproches darán paso, sin duda, a violentas discusiones. Siento que mi presencia se había convertido para ellos en algo incómodo, por lo que he decidido no ser más un obstáculo que los aleje. No podrán ya echarme la culpa de sus diferencias. Aunque en un primer momento no les apetezca lo más mínimo hacer este viaje, estoy convencida de que cuando regresen a casa se sentirán satisfechos por haber tenido la oportunidad de ponerse en paz con los demás y con ellos mismos y poder al fin dejar las cosas claras. De alguna manera, aunque se resistan a reconocerlo, en el fondo me estarán agradecidos, y eso es algo que, en este difícil momento, me reconforta.

## Héctor

Tres pares de calcetines, otros tantos calzoncillos, dos pantalones, dos camisas, tres camisetas, dos jerseys, un par de zapatos y las deportivas, el pijama y las zapatillas de casa, el traje negro y la corbata de las ceremonias especiales. Supongo que con esto será suficiente. No espero quedarme allí más tiempo del que duren estas prendas. Pensándolo bien, quizás debería de sacar la mitad de la

ropa de la maleta para asegurarme de que voy a volver cuanto antes, aunque sé que acabarán enredándose para que prolongue mi estancia más de lo aconsejable. No recuerdo cuánto hace desde la última vez que estuve allí, pero siento que cada día, cada hora, cada minuto de más que pase en el pueblo será un nuevo motivo para lamentarme después durante meses o tal vez años. Estoy seguro de eso, como también de que no seré capaz de rechazar sus propuestas y peticiones encarecidas, como si les debiera algo y me viese obligado como compensación a satisfacer todos sus deseos por alguna razón que no logro recordar pero de la que no consigo desprenderme. En el fondo pienso que es así, que algo dentro de mí se siente en deuda con muchas personas. Sé que no he sido justo con ellos, que en ocasiones actué de un modo egoísta, que no he sido el mejor amigo, hijo, marido, padre posible, pero quién puede pretender serlo todo. Tampoco ellos lo fueron conmigo, aunque no lo crean, y en algunas ocasiones su comportamiento hacia mí fue mucho peor de lo que imaginaban, pero nunca me quejé por ello. También yo me he sentido rechazado, apartado, expulsado de su territorio privado, excluido de su círculo de confianza, y he tenido que refugiarme a cientos de kilómetros como un exiliado de su propio pasado. Muchas veces he podido resistirme a acudir al lugar donde crecí, no me ha sido difícil evitarlo inventando cualquier disculpa oportuna que, con casi total seguridad, no convencería a nadie, no confiaba en ello, pero al menos me ha servido para sacarme el problema de encima y que descendiera aún más mi valoración en la escala de su estima, pues sabía que con eso abriría un camino tortuoso que sería incapaz de transitar. A estas al-

turas no es algo que me preocupe demasiado, y no es que me alegre por ello, pero así son las cosas en la actualidad y no creo probable que vayan a cambiar demasiado en un futuro próximo. Pero esta vez es diferente. No puedo eludir mi obligación de estar en el lugar que me corresponde. Cuando aún hablábamos, mi madre siempre me recriminaba que no sabía estar donde debía y que esa es la principal cualidad en un hombre, como hacía mi padre, y yo podía estar de acuerdo en lo primero pero no en lo segundo. Disparidades de criterio semejantes fueron las que provocaron que nos alejáramos hasta una distancia insalvable y dejásemos de llamarnos. Es triste discutir con una madre constantemente, sobre todo cuando entre nosotros no existieron jamás palabras ni gestos de afecto que compensasen los continuos reproches y por el contrario han abundado los enfrentamientos y desencuentros reiterados a lo largo de estos años. Pero esta vez voy a demostrarles que sé estar donde debo, que soy un hombre de verdad, un amigo fiel, un hijo afectuoso, un padre responsable... Quizás sea una buena oportunidad para dejar las cosas claras y desenterrar asuntos pendientes, resolviendo malentendidos enquistados por el tiempo, pues es casi seguro que será la última vez en que estemos todos juntos. De hecho, eso fue lo primero que pensé cuando recibí la llamada de Laura diciendo que Julia había muerto.

## **Laura**

Estuve un buen rato pensando qué iba a decirle a Héctor. No sabía qué palabras utilizar ni en qué tono dirigirme a él. Hace mucho tiempo que no hablamos y más aún que no nos vemos, por lo que no estaba segura de ser

la persona indicada para darle la noticia. Con casi total seguridad no lo soy, pero no había nadie más que pudiera encargarse de hacerlo y no me quedaba otra alternativa. Habría pagado lo que hiciera falta por evitar esa conversación, así que durante un par de horas medité seriamente la posibilidad de no llamarle, pero al final decidí que era mi obligación y que tal vez le sentara mal cuando se enterase de lo ocurrido por otros medios sin que nadie le hubiese avisado. Nunca sé qué decir en estas ocasiones, por fortuna tampoco es que ocasiones como esta sean demasiado habituales para mí, por lo que no pretendo adquirir una mayor facilidad de palabra para el futuro. Cuando María me llamó para darme la terrible noticia, me quedé en estado de shock. Trataba de buscar una explicación a lo que había pasado, pero me resultaba imposible. Cómo hallar una razón para lo inexplicable. Puedes engañarte durante un tiempo más o menos prolongado con argumentos forzados, pero no es una solución definitiva ni satisfactoria. Entonces, nada más colgar el teléfono, pensé que tenía que avisar a Héctor, aunque ella no me lo hubiera pedido. Tal vez para algunos sería la última persona que debía acudir a su funeral. Quizás incluso la propia Julia se opondría a su presencia, si pudiera. No tenía claro lo que debía hacer. Por supuesto que no le he consultado nada a Pedro. De todas formas, él siempre deja todas las decisiones importantes en mis manos, por lo que no habría servido de gran ayuda. Sabía que llamarle supondría que todos volviéramos a reunirnos después de muchos años, tal vez quince o veinte, ya no recuerdo con exactitud, y aunque esa idea por una parte me resulta tentadora, al mismo tiempo me provoca cierto rechazo y

ha hecho que surjan en mí demasiadas preguntas inconvenientes para las que no tengo respuesta.

No sé cómo reaccionaré cuando estemos todos juntos de nuevo. Nunca pensé que ocurriría de este modo. Hubo un tiempo en el que solía fantasear sobre nuestro reencuentro, pero jamás imaginé que alguien faltaría a la cita. Y ahora tendremos que enfrentarnos al duro trago de despedir a Julia y rememorar los buenos y malos momentos que pasamos juntos, aunque no nos apetezca demasiado. Así que cuando he escuchado la voz inconfundible de Héctor al otro lado de la línea, inmediatamente me he arrepentido de haberle llamado y en un primer instante he pensado en colgar. Me he quedado callada, como si hubiese olvidado el motivo de mi llamada, y cuando ha insistido en preguntar quién era he comenzado a hablar despacio con un leve tartamudeo, temerosa de su reacción. Al principio ni siquiera me ha reconocido. Incluso cuando le he dicho quién era ha tardado unos segundos en hacerlo. Por un momento he llegado a temer que me hubiera olvidado. Se ha mostrado muy distante, como si desconfiara de lo que fuera a contarle. Es normal, después de tanto tiempo sin saber nada de alguien solo esperas que te llame para darte malas noticias. Tal vez se estaría preguntando cómo habría conseguido su número de teléfono. He ido directa al asunto, no quería que se produjera ninguna confusión, así que le he cortado de forma tajante cuando ha empezado a preguntar sin convicción sobre cómo iban las cosas y otras cuestiones protocolarias que sin duda no le interesaban. He ido directa al grano y le he dado la noticia sin rodeos, No es por eso por lo que te he llamado. Verás, ha ocurrido algo. Julia murió, y me he sentido al fin ligera por haberme

desprendido de la pesada carga que llevaba dentro. No sé por qué he dicho murió, como si fuese algo que hubiera pasado hace tiempo, pero eso ha sido lo primero que me ha salido y en cierto modo siento que es algo que ocurrió muchos años atrás. Entonces se ha quedado en silencio hasta que he tenido que preguntarle si me ha entendido. Sí, sí, gracias, ha dicho, o algo así. Le he explicado que el entierro será el domingo por la mañana, Van a venir todos, espero que podamos vernos, le he dicho, y entonces, no sé por qué, he añadido en un tono más bajo, como con vergüenza, Me gustaría que vinieras, y de inmediato me he arrepentido de mis palabras. Mi problema es que siempre hablo de más. En eso debería aprender de Pedro. Él nunca tiene que arrepentirse de lo que dice, como suele pasarme a mí, pero a veces me irrita demasiado su actitud y me siento obligada a rellenar los espacios en blanco que deja en la conversación a costa de hacerlo de manera equivocada y meter la pata una y otra vez.

Nos hemos despedido sin saber qué más podríamos decir en esta situación que no fuese inapropiado y tras volverme a asegurar que acudirá al funeral, ha colgado sin preguntar nada más. He de reconocer que me ha chocado un poco su actitud. No me esperaba una reacción tan fría por su parte. En ese momento casi he lamentado haberle llamado. No es que pretendiera que se echara a llorar desconsolado o que me interrogara por lo sucedido hasta averiguar el más mínimo detalle, pero sí que mostrara al menos un poco de interés y afecto por Julia, aunque fuera fingido.

Después he estado toda la tarde intentando sin conseguirlo distraerme con pequeñas ocupaciones rutinarias

que logran engañarme durante un rato, regando las plantas, limpiando el polvo, preparando un pastel para llevarselo a mis padres... No podía estarme quieta ni un segundo, como si temiera que al dejar de hacer cosas sin parar los recuerdos me invadieran de repente azotándome con toda su crudeza. La noticia de la muerte de Julia y la posterior llamada a Héctor me han hecho pensar en cosas que me desagradan. Mi cabeza me conducía a lugares que no deseaba visitar y a los que no acudía desde hace muchos años. Me sentía poseída por una hiperactividad insólita, como hacía tiempo que no tenía. Necesitaba actuar, porque sabía que no me convenía caer en las garras de la memoria. Me daba cuenta de que, sin pretenderlo, estaba impaciente porque llegara el momento inevitable de vernos de nuevo para compartir anécdotas y bromas, mientras hacemos una tregua en los reproches y conseguimos por un instante regresar a los veranos infinitos de la adolescencia en los que el tiempo parecía detenerse y nuestros planes de futuro, siempre grandilocuentes, no nos cabía ninguna duda de que iban a cumplirse.

Esa mezcla expectante de memoria y deseo ha conseguido apaciguar mis nervios y arrancarme una ligera sonrisa mientras, sin darme cuenta, tarareaba alguna de las canciones que escuchábamos entonces. No me atrevía a reconocer que lo que trataba de conseguir con todo eso era olvidar qué parte de responsabilidad nos correspondía a cada uno de nosotros, y a mí en particular, en la muerte de Julia.



## Pedro

Laura está acabando de hacer las maletas. Como siempre, cada uno lleva la suya propia. Envidia a las parejas que ve en la estación o en el aeropuerto con una única maleta para los dos. El que ellos no lo hagan es para él una señal evidente de que hay muchas cosas privadas que aún se resisten a compartir y no sabe si eso es bueno o malo. Mientras tanto, Pedro ha salido a pasear a Sultán un rato antes de llevárselo a los vecinos para que lo cuiden durante su ausencia. Es la primera vez que se separa de él y siente que lo va a echar de menos. Esboza una sonrisa al pensar que al principio no le apetecía en absoluto tener un perro, cuando Laura se encaprichó de él y trató de convencerla para que no lo trajera a casa, y sin embargo ahora se ha convertido en su confesor y una excusa perfecta para salir cada noche a la calle para tratar de poner en orden sus pensamientos.

Se sienta a fumar un cigarro y descansar un poco. Laura no le permite fumar en casa, así que el perro y él salen a la calle a hacer juntos sus necesidades. No es que se lo haya prohibido expresamente, pero tiene claro que no puede hacerlo, como tantas otras cosas que ambos saben y de las que no necesitan hablar. Ella le insiste en que tiene que dejarlo y él asegura que puede hacerlo cuando quiera, pero no es verdad. Sabe que no es capaz de dejar nada ni de provocar ningún cambio, por leve que sea, en su vida. Se sentiría perdido sin sus manías y costumbres. En realidad lo utiliza como un refugio para poder estar a solas.

Mientras Sultán corretea por el parque, intenta recordar algunos de los momentos que pasó con Julia, pero no acuden a su mente más que imágenes aisladas que no

despiertan en él ningún sentimiento especial. Tiene tendencia a olvidar las cosas importantes y a recordar a cambio detalles insignificantes. Laura se enfada cuando olvida la fecha de su cumpleaños o la de su aniversario, pero Pedro presume de recordar a la perfección la ropa que ella llevaba puesta en cada uno de sus viajes o celebraciones así como otros detalles sin importancia. Ella le reprocha que no recuerde las fechas señaladas ni el nombre de los lugares a los que viajaron juntos y que sin embargo pueda recitar sin titubear la alineación de su equipo de fútbol durante los últimos treinta años y los ríos de España con todos sus afluentes, entre otras muchas cosas inútiles. Él insiste en que más que selectiva se trata de una memoria fragmentaria, que se encapricha de imágenes anecdóticas que nadie más parece recordar. No se siente especial por ello. Más bien piensa que cada cual tiene sus rarezas y eso no es motivo para aferrarse a ellas como seña de identidad.

Por un momento se esfuerza en recordar a Julia. Se da cuenta de que no ha pensado mucho en ella en los últimos años y se siente mal por ello. Hacía tanto que no se habían visto que era probable que de haberse cruzado por la calle ni siquiera se hubieran reconocido, o de hacerlo no sabrían de qué hablar. Sería una situación muy desagradable que por fortuna, piensa, ya nunca se producirá. Se avergüenza un poco de experimentar el consuelo de saber que eso es algo por lo que no tendrá que preocuparse más. Es consciente de que entre ellos nunca hubo una unión estrecha, de que, a pesar de que pasaron mucho tiempo juntos, nunca se sintieron cercanos. No había confianza, sintonía o como quieras llamarlo. Es obvio que la cantidad no equivale a la calidad, pero no comprende por qué, si

ninguno de los dos se sentía cómodo estando solos, no evitaron esas situaciones. Tal vez porque buscaban derribar los muros que los separaban, se dice, y nunca renunciaron a que la situación cambiara en algún momento, pero no está muy convencido de eso. Aunque no lo recuerda con claridad, cree estar seguro de que nunca fueron esas sus intenciones, ni siquiera ocultas, sino que eran tan solo caprichos de la casualidad que nos une y nos separa sin respetar criterios y opiniones. Sin embargo, Julia y Laura siempre tuvieron una mayor conexión entre ellas. Pedro se preguntaba cómo podían ser tan amigas siendo tan diferentes, casi opuestas. A veces le irritaba que fuera así, verlas siempre juntas, prácticamente inseparables. Era algo que no soportaba, pues veía su amistad como un elemento inconveniente para sus intenciones. No podía contener sus celos al ver cómo Julia conseguía sin esfuerzo algo que a él le resultaba tan difícil, si no imposible. Pero no quiere seguir dándole vueltas al asunto, ya no tiene sentido. No se atreve a confesarse que lo ocurrido supone eliminar complicaciones. No se permite reconocer que en el fondo siente cierto alivio porque Julia no pueda suponer nunca más un problema y que a veces incluso se alegraba de lo que le pasó. Hay cosas que no se dicen, pero hay otras que tampoco pueden pensarse. Y sin embargo, en ese instante tiene la sensación fugitiva, aunque no sea más que durante un par de segundos, de que es así. Quizás dentro de un tiempo pueda admitirlo sin pudor. Ahora admite que es una total falta de respeto y de humanidad y se sonroja por ello. Mira a su alrededor como si alguien pudiera leer sus pensamientos y acusarle de algo. El paso del tiempo permite hablar de cosas prohibidas, pero sabe que aún no es

el momento. Quizás cuando haya sido capaz de perpetrar todo un conjunto de argumentos inculpatorios hacia ella que justifiquen sus más bajos sentimientos, todo será más fácil. Tal vez tenga que inventar las pruebas que la condenen, encontrar los indicios de que su presencia fue siempre un obstáculo en su relación con Laura y de hecho a punto estuvo de impedirla. Sabe que, de cualquier modo, su matrimonio es una ruina, por lo que tiene que acusar a algo o a alguien para no asumir sus errores. No se siente responsable de su fracaso más que en un grado muy pequeño y no quiere echar a Laura la mayor parte de la culpa, por lo que necesita hallar una solución más confortable para sus dudas. No es una pregunta de respuesta única, pero todavía sigue buscando nuevos motivos para explicar lo que les ha ocurrido. Entonces, mientras piensa en todo lo que pasó aquellos años, cierra los ojos apurando el cigarro y se siente confiado. Una sensación de firmeza recorre su cuerpo como nunca antes la había tenido. Recoge la caca del perro con una bolsita de plástico y vuelve a casa seguro de que, a partir de ahora, todo va a ir mejor.

## **Nacho**

No te diste cuenta de que aquello supondría que volveríais a encontraros todos de nuevo hasta pasadas varias horas desde que conociste la noticia, y a partir de ese momento empezaste a ponerte nervioso. Sabes que deberías asistir al entierro de Julia y es muy probable que eso suponga que te encuentres allí con algunos de ellos, y ahora mismo eso es lo último que te apetece hacer. No te sientes con fuerzas para enfrentarte cara a cara con tus recuerdos, pero no puedes fingir que no lo sabías para no acudir al

funeral. Ellos al menos tienen esa posibilidad. Para ti, viviendo aquí en el pueblo, es imposible. Te queda la esperanza de que no lleguen a enterarse a tiempo y no vengan, pero lo más seguro es que tengáis que volver a veros, y entonces juzgarán lo que has hecho con tu vida. Los amigos de la adolescencia son una pesada carga que tienes que arrastrar para siempre, como una condena perpetua por los errores cometidos. Son muchos los reproches que podríais hacerlos, pero, por fortuna, hasta ahora nunca se ha producido entre vosotros esa conversación. No tienes ninguna intención de ver de nuevo sus caras, soportar sus comentarios hirientes, sus miradas altivas de superioridad y tragar saliva para controlar la rabia. No estás dispuesto a soportar los gestos de desprecio y las palabras grandilocuentes hablando de sus, sin duda, merecidos triunfos. No soportarías tener que sentirte humillado y pisoteado una vez más. Quizás lo mejor sería no ir. Estás harto de hacer siempre lo que te dicen. Estás harto de que te digan lo que tienes que hacer. Estás harto de que te traten como a un inútil o a un niño pequeño. Estás harto de que te echen la culpa de todo lo que pasa. Todos te recuerdan constantemente lo que haces mal, pero nadie tiene una palabra de agradecimiento por lo que has hecho por ellos. Cuando lo dejaste todo y regresaste al pueblo para cuidar de tu madre, parecía que no perdías nada. Nadie se cuestionó si esa era la decisión correcta al hacerte cargo del negocio familiar y dejar los estudios. Nadie agradeció tu sacrificio y tu esfuerzo, se suponía que eso era lo que debías hacer y no cabía ninguna objeción por tu parte. Solo cumplías con tu obligación. La muerte prematura de tu padre a causa de un infarto fulminante te dejó como único cuidador de tu madre enferma y

no lo pensaste un segundo antes de abandonarlo todo para regresar junto a ella. Apenas eras un niño y eso fue lo que te convirtió en adulto. A partir de entonces tu vida fue una rutina constante carente de futuro, construida a base de silencio y rencor en la que cada día te hundías un poco más sin posibilidad de rescate. Cambiar la ciudad y tus sueños de grandeza por limpiarle el culo a tu madre tal vez no entrara en tus planes, pero lo hiciste sin dudar. Qué otra alternativa te quedaba. Hay gente que hace locuras, gente que lo deja todo por perseguir un ideal, o que arriesgan su vida o su dinero por una intuición o una promesa, gente que monta un negocio, que se casa o que tiene hijos, gente que emprende aventuras temerarias. Tú sencillamente hiciste lo que tenías que hacer. No tuviste la posibilidad de escoger ni de hacer nada extraordinario. Desde entonces ellos se olvidaron de ti y dejaron de llamar. Cuando alguna vez vienen al pueblo a ver a sus familias o para otros asuntos, ni siquiera intentan quedar contigo para poder recordar viejos tiempos. Tratas de fingir que no te afecta, que no echas de menos su compañía ni su afecto, que el pasado no duele, pero hay noches en las que aún te cuesta conciliar el sueño. Al perderlos a ellos sientes que perdiste toda oportunidad de tener amigos, pues eres consciente de que es muy difícil conseguirlo a partir de cierta edad. La mayoría se conforma con mantener a los de la adolescencia y quien los ha perdido se muestra desconfiado e incapaz de iniciar una nueva relación por miedo a volver a fracasar. Llegados a una determinada edad, no estamos dispuestos a realizar el esfuerzo que implica mantener una amistad profunda con el riesgo de sentirnos defraudados de nuevo. Desde entonces has mantenido a todas las per-

sonas que has conocido a una distancia prudencial como medida de prevención, impidiendo mostrarte ante ellos demasiado abiertamente para no sentirte vulnerable. Eso te ha convertido en una persona con serias dificultades para las relaciones sociales y no has vuelto a considerar a nadie como amigo. No presumes ni te lamentas por ello. Piensas que la amistad está sobrevalorada. Si pones en una balanza lo positivo y lo negativo que aporta a tu vida, puedes comprobarlo con claridad. Los amigos casi siempre son un engorro, una pérdida de tiempo intolerable que te aparta de tus ocupaciones sin compensarte por ello. Te piden favores sin ofrecer nada a cambio, te meten en líos o tienes que sacarlos de los suyos, te obligan a acudir a fastidiosos compromisos que no te apetecen en absoluto, ¿y a cambio de qué? De un poco de conversación los domingos por la tarde y una dudosa compañía cuando en realidad te apetece estar solo, como mucho, o unos cuantos mensajes en cadena de felicitación por tu cumpleaños y en Nochevieja. Está claro que no sale rentable. Una mascota puede suplir su papel con muchas menos exigencias y ofreciendo una mayor fidelidad a cambio. Podemos caer ese error en la adolescencia y en la primera juventud, cuando aún no eres consciente de lo que conlleva, pero qué adulto sensato puede desear seguir manteniendo una relación semejante el resto de su vida. Por suerte has sabido cortar a tiempo los lazos con el pasado y actualmente los amigos son tan solo una lacra que te queda como testimonio de una etapa lejana que desprecias y que asumes con serenidad como el precio que has pagar por tus pecados de juventud. Tampoco el amor ofrece una compensación razonable. Incluso las relaciones entre padres e hijos están condenadas al

fracaso. Todas las relaciones humanas son imposibles. La incapacidad de comunicarnos se impone sobre cualquier otro deseo o necesidad. Puedes fingir que no es así y dejar que tus afectos se perpetúen de forma decadente, pero no tendrá ningún sentido y solo servirá para provocarte una mayor frustración. Todos somos desconocidos incapaces de compartir lo que de verdad nos importa. Por eso, no tienes ningún interés en volver a verles, y aun así sabes que acabarás cumpliendo con tu deber y acudirás a la cita tratando de ofrecerles la mejor de tus sonrisas.

## **María**

Laura ni siquiera me preguntó qué tal estaba o cómo iban las cosas por aquí cuando la llamé. En realidad sé que no le importa, así que agradezco que no fuera hipócrita solo para intentar quedar bien. No necesita quedar bien conmigo, pero al menos esperaba que se preocupara por saber con un poco más de detalle lo que te había pasado. Hacía mucho tiempo que no la llamaba, pero siempre tenía su número preparado en la agenda por si sucedía algo que debiera saber, y por alguna razón, tenía la sospecha de que eso no tardaría en ocurrir. Cuando le di la noticia se mostró muy fría. No tiene por qué ser amable conmigo, nunca lo fue, de hecho podría echarle en cara muchas cosas, todo el daño que me hizo en el instituto, lo mal que me hacía sentir entonces, las veces que lloré por su culpa... pero eso ya no importa. Nunca fuimos amigas, por lo que no tienen sentido ahora los reproches. En realidad yo no me sentía parte de vuestro grupo, aunque solía ir con vosotros de vez en cuando, sobre todo en las fiestas y ocasiones especiales, pero no estaba plenamente integrada ni me enteraba



de todo lo que pasaba entre vosotros. Cuando estabais todos juntos me sentía desplazada, por lo que prefería marcharme discretamente, sin que nadie me pidiera que me quedase o tal vez ni siquiera os dabais cuenta. En realidad no os conocía de un modo profundo. Me veíais como una intrusa. Sí, tú también lo hacías, no lo niegues, alguien a quien nadie había invitado y suponía un estorbo, pero no os atrevíais a decírmelo a la cara. Yo solo era esa chica rara y entrometida con la que no queríais que os vieses y por la que nadie pregunta cuando no está. Cuando ellos se fueron dejándote sola, conseguí acercarme a ti hasta establecer una amistad todo lo íntima que permitías. Porque entre nosotras había muchos silencios, en los que yo intuía que se escondía un gran dolor, pero nunca quise poner a prueba tu confianza forzándola con preguntas inconvenientes. Lo que necesitabas era más bien alguien con quien compartir el silencio antes que tus secretos. En cierto modo, ambas nos sentíamos rechazadas, así que nos unimos de un modo natural, sin exigencias ni expectativas. Entablamos una relación mucho más profunda y sincera, quizás porque el paso del tiempo nos hizo madurar o porque no teníamos a nadie más. Intenté estar siempre a tu lado, sobre todo en los momentos difíciles, y después de tu muerte me encargué de avisar a los demás y preparar el reencuentro que tanto ansiabas, aunque nunca quisiste que les llamara para poder verles al menos una vez más antes del final.

## **Héctor**

Conforme pasan las horas, menos me apetece ir al pueblo. No debería haber cogido el teléfono y así habría podido decir que no me enteré de la noticia. Eso habría

sido lo mejor. De hecho nunca atiendo llamadas de números desconocidos, porque sé que no pueden traer nada positivo. Lo desconocido casi nunca ofrece buenas noticias y hace algún tiempo que decidí que me compensa perderme algo interesante muy de vez en cuando a cambio de evitar fatigosas conversaciones con teleoperadores insistentes a la hora de la siesta. Por eso lo dejé sonar tres veces hasta que cesó la llamada, pero tanta reiteración despertó mi curiosidad, como si presintiera que se trataba de algo importante que no podía esperar, pues quien llama cuatro veces seguidas es porque tiene un interés especial en hablar contigo, y entonces lo cogí sin pensar, con la sensación de que algo iba a cambiar con ese gesto imprudente. Al principio no reconocí su voz. Apagada y dubitativa, parecía la de alguien mucho mayor. Durante unos segundos no dijo nada y después comenzó a hablar muy bajito, por lo que apenas la entendía. Estuve a punto de colgar, hasta que me dijo su nombre y eso me hizo evocar una etapa dorada de mi vida. Es normal que no la identificara, pues hace más de quince años desde la última vez que oí esa voz. Sin embargo, cuando me dijo quién era, supe lo que me iba a decir y su voz despertó todo un mundo de recuerdos escondidos en un rincón oscuro de mi mente. Era una sensación parecida a la que tengo cada vez que escucho una vieja canción en la radio que consigue ponerme los vellos de punta. De hecho, había pensado muchas veces que la próxima vez que tuviera noticias de ellos sería para descubrir que alguien había muerto. Parecía que hubiéramos fijado nuestro próximo encuentro en el funeral de uno de nosotros, tal vez incluso el mío, pero sin duda Julia era la principal candidata. Es triste decirlo, pero era necesario que se muriera

alguien para reunirnos a todos de nuevo. Tuve que decirle que iría. Uno no puede negarse a acudir a una cita como esa. En cualquier otra situación estoy seguro de que habría encontrado una justificación más o menos razonable para no ir. Casi siempre puedes rechazar una invitación a asistir a una reunión, de hecho yo lo hago constantemente, pero no puedo negarme a acudir al entierro de una de mis mejores amigas de la adolescencia, aunque sea lo que menos me apetece del mundo y tema a lo que ocurrirá si voy. Creo que me mostré demasiado distante al responder. Apenas me comunicó la noticia junto al día y la hora del funeral, le confirmé mi asistencia y me despedí de Laura como si se tratara de una desconocida, porque en el fondo sentía que lo era. Ni siquiera le pregunté cómo estaba, no mostré ninguna reacción a su llamada ni a la desgraciada noticia, no supe al menos darle las gracias de un modo cortés. Tan solo creo recordar que dije «de acuerdo, allí estaré» o algo parecido, y colgué de inmediato como si tuviera prisa por retomar alguna ocupación importante que en realidad no existía. Entonces, justo después de dejar el teléfono, acudieron a mi mente de una vez todos los recuerdos de aquella época. Un intenso bombardeo de imágenes confusas que me provocó incluso un leve mareo e hizo que tuviera que sentarme y arrancara a llorar de pronto sin saber por qué. No había llorado desde hacía mucho tiempo, ni siquiera fui capaz de hacerlo con la muerte de mi padre, aunque juro que me esforcé, pero en ese instante estallé derramando todas las emociones que había conseguido mantener firmemente atadas durante tantos años, a pesar de que, aunque no podría explicar por qué, la noticia no me sorprendió, sino que en realidad era como si llevara

veinte años esperando a que se produjera esa llamada. Incluso me sentí aliviado al saber que por fin podía dejar de esperar que sucediera algo que estaba marcado que debía pasar tarde o temprano. Era como comprobar que todas las piezas del puzle encajaban perfectamente y si algo temo es que las piezas no encajen en mi vida. Eso me hace a menudo sentirme perdido y la angustia se apodera de mí hasta que consigo hallar una solución razonable para que todo cobre de nuevo sentido y mi mundo recupere el orden. La llamada de Laura, lejos de alterarlo, sirvió para colocar en su sitio una pieza extraviada largo tiempo. Sin embargo, desde el momento en que lo supe, mi cabeza empezó a dar vueltas buscando una excusa para no acudir. Se me ocurrían muchas, desde las más descabelladas a las auténticamente dramáticas o incluso no utilizar ninguna, lo que fuera con tal de evitar el temido reencuentro, porque ir al pueblo me apetece lo mismo que una patada en los huevos, de hecho algo así fue lo que sentí al recibir la llamada, por algo no lo he hecho desde hace seis o siete años, o quizás más, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que estuve allí, porque ya no hay nada que me una a ese lugar, a pesar de que mi madre aún viva en él. Por eso tampoco hace falta buscar una justificación convincente para no ir, pues no me importa lo más mínimo lo que puedan pensar y no les debo ninguna explicación. De todas formas ellos ya tienen la peor opinión de mí, qué podría empeorar si no voy. Y cuando estaba convencido de que eso era lo que iba a hacer, de que me quedaría en casa tranquilamente rechazando la oportunidad que se me ofrecía de mejorar mi imagen ante mis vecinos y amigos y lograr quizás así la reconciliación, me sorprendí haciendo la maleta y planea-

do la hora de salida, pero no me resultó extraño, porque a veces una patada en los huevos es lo único que te hace reaccionar cuando estás haciendo el tonto y no lo sabes. Después de pensarlo con calma, llegué a la conclusión que no podía eludir la cita, porque de alguna manera siento que me he pasado toda la vida preparándome para esto y que no puedo seguir huyendo, por lo que no voy a evitar el encuentro, aunque es muy probable que el resultado acabe no gustándome demasiado. Tal vez, de un modo inconcreto, deseaba hacerlo, pero necesitaba un motivo, una excusa más bien, para no enfrentar la necesidad con la razón y que un compromiso ineludible del que no pudiera desprenderme me obligara a volver a casa. En el fondo sabía que este día llegaría y lo anhelaba, para poder al fin librarme de su espera, pero ahora, cuando el azar o el destino me colocan ante las circunstancias que andaba buscando, confieso que tengo miedo y dudo qué debería hacer.

## **Laura**

Pedro no pareció afectado lo más mínimo por la noticia. Cuando le dije que María había llamado, no mostró el menor interés por conocer el motivo, a pesar de que llevábamos años sin hablar con ella, y al explicarle que se trataba de Julia ni siquiera tuvo una palabra amable o un gesto de aflicción. Se quedó en silencio, como si estuviera pensando en otra cosa y no me escuchara. No preguntó por lo que le había ocurrido, ni siquiera dejó lo que estaba haciendo para prestarme un poco de atención. Es verdad que Julia y él nunca fueron los mejores amigos, incluso parecía disgustarle que los demás fuéramos con ella, como si se sintiera celoso, pero esperaba alguna reacción por su

parte al conocer la noticia de su prematura muerte. Sin embargo no pronunció una sola palabra ni dejó escapar ninguna exclamación que delatara algún signo de pesar. Era como si escuchara las noticias de un país lejano de nombre impronunciado. En realidad no debería sorprenderme, ya que esa es su forma habitual de actuar. Nada parece afectarle, se muestra indiferente ante todo, pasa por encima de las cosas sin implicarse en ellas y trata de eludir las dificultades en lugar de afrontarlas para intentar superarlas. No recuerdo cuándo empezó a comportarse así, pero ahora me parece inconcebible que en algún momento lo haya hecho de otro modo. Ni siquiera parece afectarle el rumbo que ha tomado nuestra relación, sino que simplemente se resigna y no intenta remediarlo. Desde hace algún tiempo no quedamos con nadie ni vamos juntos a ninguna parte, por eso el hecho de tener que acudir al funeral y vernos con viejos amigos me provoca pavor. No nos gusta exhibir nuestro fracaso ante otras personas, por lo que evitamos cualquier cita o reunión. Lo único que preguntó cuando le dije que Julia había muerto fue si tendríamos que ir a ver a mis padres. Para no preocuparle demasiado le dije que les haríamos una breve visita de cortesía. Pedro detesta las comidas familiares, por lo que procura siempre buscar una excusa para no acudir y que vaya yo sola, pero en esta ocasión no le queda escapatoria. Él no tiene ese «problema», pues sus padres fallecieron y no tiene ningún compromiso que atender en el pueblo, a pesar de que aún conserva su casa, lo que hace que me sienta en deuda con él cada vez que vamos a ver a los míos. Al menos ahora tendrá que acompañarme. Estoy cansada de ir siempre sola a todas partes y que él no tenga un poco de iniciativa. Nunca está

dispuesto a hacer nada, no hace planes que me incluyan y rechaza los míos siempre que puede. Cuando supe que iríamos al pueblo pensé que esta sería una buena oportunidad para recordar cómo nos conocimos y recorrer los lugares donde todo empezó y tal vez así podríamos recuperar un poco de aquella ilusión compartida del principio y reconducir nuestra relación. No hay nada como un tratamiento de choque emocional cuando la rutina se apodera de todo. Mientras meditaba esas ideas me di cuenta de que estaba fantaseando como una tonta, como de costumbre, y me dije una vez más que debía aprender a mantener las expectativas bajo control para evitar que la decepción acabase siendo aún mayor. Pero no sé cómo hacer eso.

## **Pedro**

Aunque jamás lo reconocería delante de ella, le molesta que llame a Héctor. Es verdad que Laura era siempre la encargada de convocar a todos para reunirlos y por eso también esta vez se ha ocupado de avisar a Héctor. Asumió ese papel de forma natural, sin que nadie se lo pidiera, y disfrutaba haciéndolo, pero a él nunca le gustó que fuera así, aun cuando no eran pareja. Después de su separación, seguía mandando mensajes de felicitación y llamando a algunos de ellos de vez en cuando, pero nunca recibía respuesta, sin que eso llegara a desanimarla. Parecía ser la única interesada en mantener unido al grupo y que a los demás les daba lo mismo. Aparte de eso, no puede evitar sentirse celoso, por más que lo niegue. Aún le cuesta digerir el éxito de Héctor. Nunca le cayó muy bien, por decirlo de forma sutil, y eso le impedía juzgarle con objetividad. Había conseguido triunfar en todo lo que se había propuesto,

mientras Pedro vio cómo sus sueños se diluían lentamente hasta desaparecer en el olvido. Ya en la adolescencia envidiaba su éxito con las chicas y sus buenas calificaciones y no soportaba sus miradas de desprecio, como si se sintiera superior a él. Después comprendió que no se trataba de nada personal, sino que Héctor se sentía superior a todo el mundo. No le apetece lo más mínimo volver a verle, pues le recuerda sus propios fracasos. Su resentimiento se ha ido agravando a partir de la idea que se ha formado a lo largo de estos años de que Héctor fue el principal culpable de la disolución del grupo. De hecho, está seguro de que la mayoría piensa igual que él, aunque Laura opine que todos tuvieron su parte de responsabilidad. También es cierto que él sintió el distanciamiento con alivio, pues sabía que aquello no podía tomar un buen rumbo después de lo que pasó entre ellos, por lo que agradecía el progresivo enfriamiento que se produjo, evitando así un desagradable enfrentamiento que pudiera estropear el recuerdo de los buenos momentos. Por eso no le gustaba que ella siguiera empeñándose en mantener el contacto, cuando al principio aún lo hacía. Se sentía celoso de un modo razonable, no como un irracional ataque sin motivo, sino como defensa justificada frente a una amenaza real, pues ella siempre hablaba de Héctor con admiración, aunque tratase de disimularlo torpemente delante de él. Además todos saben lo que Laura sentía por él y por eso comprende que la situación será aún más violenta cuando estén todos juntos. Es como acudir a una cita con el amante de tu esposa y no ser capaz de hacer nada mientras todo el mundo te mira esperando ver tu reacción. De hecho, recuerda que empezaron a salir casi sin darse cuenta mientras él trataba de consolarla ante



la indiferencia que Héctor mostraba hacia ella. Después de un par de citas como amigos para compartir confesiones y penas, se fueron enredando para dar paso a hablar sobre ellos mismos y Laura acabó buscando el consuelo en sus brazos. Tal vez no era la mejor forma de conseguir su objetivo, pero sin duda, en esta ocasión, el fin justificaba los medios. Ya se encargaría él de hacerle olvidar, se decía, de que comprendiera el terrible error en el que estaba, pero conforme pasaba el tiempo constataba también su fracaso en ese terreno.

Trata de dejar esos pensamientos a un lado y controlar los celos. De alguna manera, teme y desea lo que va a ocurrir, aunque no tiene la menor idea de qué será. Necesita averiguarlo. Piensa que es una oportunidad única de que algo cambie. Lo necesita, lo ansía, lleva mucho tiempo esperándolo, pero llegado al fin el momento, le gustaría aplazarlo aún un poco más. Siempre temió a los cambios. Le gusta pensar que la estabilidad es lo mejor que puede ocurrirle. Nunca se atrevió a arriesgar. Ni siquiera cree en la fortuna, es por eso que odia los juegos de azar y la lotería, porque sabe que la suerte no suele estar de su lado. Piensa que todo cambio será negativo, pero ya no tiene nada que perder. Se pregunta qué podría empeorar. Es algo que tiene que hacer, aunque sea sin convicción, con esperanza pero con miedo. Siente la inquietud de un adolescente, como hace mucho tiempo que no la sentía. Le cuesta conciliar el sueño, no porque lamente la muerte de Julia, como tal vez debería, sino por la expectativa ante lo que pueda pasar entre ellos cuando estén en el pueblo. Quizás sea lo último que hagan como pareja, su último viaje juntos, el final de su matrimonio, pero está conven-

cido de que tienen que intentarlo. Cualquier otra cosa no valdría la pena. Sabe que Laura tiene la esperanza de ver a Héctor. Es más, está convencido de que esa es su principal motivación para ir allí. Lleva quince años esperando que se presente una oportunidad como esta, y cuando ya creía que nunca la tendría, surge un inesperado golpe de fortuna que le permitirá conseguir lo que tanto tiempo ha deseado. Cree que en el fondo, durante todos estos años, ella ha seguido estando enamorada de Héctor. A veces incluso se atormenta haciendo comparaciones imaginarias entre ambos en las que casi siempre sale él perdiendo. Pero a pesar de todo no teme al encuentro. Espera que Laura al fin se dé cuenta de qué clase de persona es Héctor. No tiene miedo a enfrentarse con él cara a cara y que ella decida. Confía en sus posibilidades de salir vencedor de la contienda. Eso puede que le haga al fin valorar lo que tiene. Conserva la esperanza de que, al descubrir quién es en realidad el tipo del que estaba enamorada en su adolescencia, comprenda que acertó en su elección y deje de recordarle con nostalgia para siempre. Sabe que esta es una oportunidad que no puede desaprovechar.

## **Nacho**

Sabes que cuando aparezcan con sus sonrisas perfectas y sus trajes de diseño no serás capaz de mirarles a la cara. Ellos son los triunfadores, los que consiguieron dejar atrás este pueblucho de mierda mientras tú te hundes en él cada día un poco más. Laura y Pedro, la parejita perfecta, funcionarios de carrera, buen sueldo y diez años de matrimonio, vendrán para presumir de su felicidad conyugal, su estabilidad laboral y sus tres meses de vacaciones. O

quizás sean ellos los que deban sentirse avergonzados. Se fueron y se olvidaron de los que os quedasteis aquí. Durante un tiempo te sentiste furioso, después lo aceptaste como algo natural y dejaste de pensar en eso, pero ahora que el reencuentro es inminente, vuelve a ti la rabia y el rencor y se multiplican en tu mente los reproches que sin embargo después no serás capaz de hacerles en persona.

Reniegan de este lugar del que están hechos porque desprecian una parte de sí mismos. Por eso tratan de olvidar el pasado volviendo aquí lo mínimo posible. Héctor es todo un triunfador, le ha ido bien en el mundo de los negocios y se codea con los principales empresarios del país. Se casó con una guapa modelo bastante más joven que él y salen en la prensa del corazón de vez en cuando exhibiendo sin pudor su prosperidad. El empresario de éxito y la bella modelo. Todo un cuento de hadas. Algunos presumirían de haber sido su amigo. Tú, por el contrario, no tienes nada que ofrecer que pueda provocar su admiración o envidia. Tu mujer acabó dejándote para irse con un niño diez años más joven, llevándose además a tus hijos, y no encuentras ningún trabajo desde que tuviste que cerrar el negocio familiar por lo que sobrevives con los subsidios. Con esa perspectiva lo último que te apetece es mantener la típica conversación entre viejos conocidos sobre cómo os han ido las cosas. Si hay que establecer un perdedor de vuestro encuentro está claro que ese serás tú y por goleada. Pero, por otra parte, sientes curiosidad por descubrir las posibles manchas que con toda seguridad debe de haber en sus, en apariencia, impolutos historiales. Te enfrentas a la cita como quien acude a un examen decisivo sin haberlo preparado, con la esperanza de que la fortuna te permita

superarla, casi de milagro, pero con la íntima convicción de que tienes escasas posibilidades reales de salir con éxito de ella. Puedes engañar a alguien que hayas conocido siendo ya mayor, alguien que no conozca tus debilidades y fortalezas, pero no puedes engañar a tus amigos de la adolescencia. No sirve de nada fingir ante ellos. Conocen tus grietas y por dónde hacerte daño. Por eso, para intentar que el reencuentro no sea un completo desastre, confeccionas una lista mental de temas a evitar, que incluye:

- a. Relaciones sentimentales.
- b. Trabajo.
- c. Familia.
- d. Aspecto físico.
- e. Recuerdos de adolescencia.
- f. Planes de futuro.

Con lo que, ante tan amplia relación, tan solo te queda hablar de política, de fútbol y del tiempo, siempre que no lo hagas de un modo abierto y polémico que pueda conducir al enfrentamiento. Será difícil no acabar discutiendo con ellos. Es evidente que quedaron muchos asuntos pendientes, algunos imposibles ya de resolver, y que la situación no será nada cómoda, pero no serás tú quien se dedique a estimular los recuerdos ajenos. Porque el pasado hace daño, si fue bueno porque lo echamos de menos y si fue malo porque al regresar a él se reaviva el dolor. Te has pasado media vida tratando de olvidar como para caer ahora en el error de la nostalgia. No te apetece volver a verles y mucho menos tener que someterte a su juicio. Los años no se han portado muy bien contigo y, aunque no debería ser así, te preocupa defraudarles. Y lo peor no será tu aspecto físico o la ausencia de logros de los que presumir,

sino constatar tu fracaso radical en todos los ámbitos. Hay muchas cosas turbias que acabarán por salir a la luz aunque tratéis de no hacerlo. No por casualidad lleváis más de quince años sin veros. ¿O tal vez son veinte? Ni siquiera lo recuerdas. Sin duda había razones de peso para no hacerlo, y no fue solo cuestión de pereza o de la falta de interés habitual en estos casos, sino un deseo ferviente de evitarlo a toda costa, pero siempre es mejor echarle la culpa a la desidia que al temor.

## María

Reconozco que sería injusto culparles de lo que te pasó. Pensar que lo que ocurrió hace muchos años tuvo algo que ver en tu muerte puede parecer un disparate. Pero cuanto más lo pienso más claro lo tengo. Nadie podría acusarles en un juicio, pero la culpa es un concepto más amplio. Tú nunca hablabas mal de ellos, no les recriminabas nada y te negabas a llamarles o a que yo lo hiciera en tu lugar. Había asuntos que exigían una conversación extensa y pausada, pero no estabas dispuesta a rogar su atención como si fueras tú quien hubiera actuado mal. No querías darles la oportunidad de mostrarse de repente amables y comprensivos contigo como si no hubieran pasado más de quince años en los que no se habían preocupado lo más mínimo por ti. No podías concederles una ocasión tan barata para reconciliarse y limpiar su conciencia después de todo el daño que te habían hecho. Solo ahora comprendo cuál era tu intención. Sabías que la única forma de reunirlos a todos y que recapacitaran sobre lo que hicieron era con tu muerte y comprendo que aunque hubiera sabido antes lo que ibas a hacer, no habría logrado quitarte esa idea de la

cabeza. La única duda que me queda es cuándo tomaste la decisión definitiva y la pena de saber que de ningún modo habría podido evitarlo. Eso me hace comprender lo poco importante que yo era para ti.

## **Julia**

La idea de la muerte no me produce rechazo. No me da miedo ni me preocupa lo que habrá o no después. Sería peor seguir viviendo así. Siento que mi tiempo ha acabado y no tiene sentido prolongarlo innecesariamente. El mundo sería un lugar mejor si todos fuéramos capaces de reconocer eso y abandonarlo a tiempo. No niego que me produzca cierta inquietud la incertidumbre ante los últimos momentos. Pensar si será doloroso, si tendré dudas o si me arrepentiré en el último instante me provoca cierto recelo, pero no quiero aferrarme desesperadamente, solo por cobardía, a una vida que ya no deseo. No tengo motivos para sentirme desgraciada. Al fin y al cabo, saber la manera y la fecha de tu muerte es un privilegio que no todo el mundo tiene. Hay formas horribles de morir a las que estamos expuestos en cualquier momento. Siempre me ha aterrado la posibilidad de sufrir una muerte violenta. La idea de poder sufrir un accidente de tráfico o una caída fatídica en cualquier momento me producía pavor. Podría haber muerto de forma repentina y no tener tiempo para reflexionar sobre mi vida y aclarar todo lo que me gustaría dejar resuelto. Por eso considero que soy afortunada. Al fin y al cabo, unos meses, incluso unos años más o menos no importan demasiado. Tengo la suerte de poder decidir qué día quiero morir, dejando atadas esas cosas que aún quedan pendientes. Todo lo que uno siempre dice que quiere

hacer pero nunca encuentra el momento adecuado, tengo ahora la oportunidad de llevarlo a cabo sin temer a las consecuencias, pues ya no tendré que responder ante nadie de mis actos, y de todos esos asuntos hay uno especialmente que lleva demasiado tiempo esperando su resolución y que ya no puede seguir haciéndolo más.